

HOMILÍA DE MONS. ZORNOZA EN LA SOLEMINDAD DEL BAUTISMO DEL SEÑOR  
S. A. I. CATEDRAL DE CÁDIZ, A 12 DE ENERO DE 2010

Is 40, 1-5. 9-11; Sal 103; Tit 2, 11-14; 3, 4-7; Lc 3, 15-16. 21-22

Celebrar el Bautismo de Jesús, como lo hace hoy la Iglesia en el mundo entero es, al final de este tiempo de navidad, contemplar la manifestación que Dios hace de su ser y de su propia vida. Dios se ha hecho hombre, se nos ha hecho visible. Le hemos visto como niño, y así lo representamos con todo realismo en nuestros nacimientos, que nos recuerdan esa humanidad. Pero ese niño esconde un secreto íntimo que viene a desvelarnos: Él es ni más ni menos que Dios; el Dios que reconocen los pueblos del mundo entero, representados en los Magos que vienen a adorarle, y que se convierten en misioneros.

Dios, en un momento de su vida humana, comienza a desvelarnos el Misterio Divino, que Él conoce como Dios. Nosotros, y así lo vemos en las diversas religiones, podemos vislumbrar aspectos, rasgos que atribuimos a Dios -si Dios es Dios necesariamente tiene que ser eterno, infinito justo-. Pero conocemos íntimamente a Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque Él mismo lo ha querido revelar. Y para ello ha preparado a lo largo de los siglos un pueblo que recibiese su palabra, sus profetas, que fuera guiado con su cuidado, al que ir hablándole a lo largo de toda la historia de la Revelación que recoge la Sagrada Escritura. En el momento culminante envió a su propio Hijo, el Verbo de Dios hecho hombre, la Palabra, para que le escuchemos con palabras humanas, para que lo podamos ver, palpar con nuestros sentidos, a Aquel que se acerca a nosotros y comparte nuestra existencia. Una existencia humana con todo su rigor.

Jesús no quiere esconder que asume la vida de los hombres. De hecho, nace en una cuadra, en una familia humilde, en un lugar desapercibido, sin ningún tipo de boato, es decir, como un pobre: porque el hombre es siempre pobre, aunque lo disimulemos a veces de diversas maneras. Nuestra mayor pobreza se manifiesta en nuestra mortalidad, y Él asume nuestra mortalidad. Pero Él es “el rico”, porque es Dios, el Todopoderoso, y viene a hacernos ricos dándonos también este poder divino que es vivir para siempre.

Después de su vida oculta de Nazaret -el trabajo, el hogar, la familia, las relaciones cotidianas-, Jesús inicia su vida pública para predicar a Dios y darnos a conocer que nos ama, que viene a perdonarnos los pecados y a abrirnos las puertas del Cielo. Este inicio está marcado por el momento en el que Jesús se acerca adonde está Juan el Bautista, este gran predicador, podríamos decir, el último profeta del Antiguo Testamento que, preparando la venida del Señor, hace una llamada a la conversión. Porque Dios, que quiere salvarnos, desea encontrar un corazón bien dispuesto. Quiere salvar a las personas. No va a venir con sus “fuerzas armadas”, sus “tanques” o su “caballería” a imponer un dominio. Viene a buscarnos a nosotros, desde lo más profundo de nosotros mismos, y pide un corazón dispuesto.

Allí, en esta predicación del bautismo de Juan, como no, salen a relucir nuestros pecados, de los que tenemos que convertirnos. Y aquellos judíos de buen corazón, que se dan cuenta que necesitan la venida de Dios para que arregle el mundo, nuestra vida, para recibir la vida eterna, le hacen caso. Reciben este bautismo que no es más que una ligerísima y remota imagen de nuestro Bautismo. En realidad, el Bautismo cristiano tiene muy poco que ver con aquel excepto por el signo externo del agua. Para Juan y sus contemporáneos es algo que entra por los ojos: si estamos sucios nos lavamos, si necesitamos conversión –además en el río Jordán donde hay que sumergirse y empaparse de agua- necesitamos purificación, un “baño” purificador.

Es allí, en aquella fila de los que quieren aceptar este signo, donde inexplicablemente se pone Jesús. Inexplicablemente porque nosotros comprendemos que Él se ha hecho igual a nosotros en todo menos en el pecado. Él es el que vino a salvarnos del pecado y no es pecador. Pero qué signo tan luminoso para nosotros, que habla del mismo recorrido que ha utilizado Dios para entrar en el mundo, que no ha nacido en un palacio sino en una cuadra, que no tenía sitio ni siquiera en la posada, y que a los tres días tiene que huir a Egipto. Es un signo de la humildad y de la pobreza, pues el que ve a los hombres pecadores, y el que ha venido a librarnos del pecado, quiere asociarse, asimilarse, abrazarse a esa humanidad doliente y pecadora para vencer al pecado y a la muerte. Y Él se acerca para ser bautizado.

El Evangelio, como hemos escuchado, describe primero esta predicación del Bautista, quien afirma que este bautismo no es definitivo, sino que el que ha de venir bautizará “con Espíritu Santo y fuego”. Son imágenes preciosas, que hacen referencia a escenas de Jesús que conocemos bien: cuando predica el perdón de los pecados, cuando envía su Espíritu Santo, o cuando, anunciando su Pasión, nos dice que su humillación no va a ser ponerse a la fila para bautizarse en el río Jordán, sino que la terrible humillación del Hijo de Dios para salvarnos va a ser morir en la Cruz. Cuando los cristianos desde aquellos primeros apóstoles y discípulos, ven lo que ha hecho Cristo, cuando lo encuentran Resucitado, comprenden perfectamente la humildad de la Cruz, y entienden perfectamente que aquel bautismo tenía que ver con aquella humillación radical con la que Él, para salvarnos desciende al fondo de lo humano, asume la muerte voluntariamente y da la vida por nosotros. De esta manera, la salvación no es solamente este esfuerzo humano, como hacían para bautizarse con Juan el Bautista - yo quiero convertirme, voy a hacer este signo, y un propósito de ser mejor-.

Sabemos por experiencia que nuestros propósitos se quedan muy cortos, porque somos pecadores. Necesitamos algo más, algo que reduzca la distancia entre el Cielo y la tierra, que nos permita tocar el Cielo. Por eso es muy bonito cuando el Evangelio describe que el cielo se rasga y se escucha la voz del Padre, que se hace presente y envía el Espíritu Santo. Es realmente una imagen preciosa porque nos muestra el valor teológico del acontecimiento, lo que nos está diciendo Dios que nosotros no podíamos conocer, y es que éste es Jesús, el Hijo, que va a dar la vida por nosotros, con plena humildad, ya que aceptando la humillación de la muerte se abre el Cielo para nosotros, podemos tener ya un camino de acceso a Dios. El Padre envía su Espíritu -lo recibimos en el Bautismo-. Ya no es que se acorte el camino entre el Cielo y la tierra. El mismo Cielo viene a nosotros, y hasta que nosotros lleguemos, nos llena de Dios.

Vosotros catecúmenos, que vais a prepararos para recibir el Bautismo, que bonito es conocer y vivir la vida de bautizados. Los cristianos somos bautizados. Para siempre, con el Bautismo, Dios abre la puerta del Cielo para nosotros. Para siempre nos envía el Espíritu Santo que, cuando lo recibáis, os hará Templos suyos. Para siempre tendrán que resonar en vuestros oídos esas mismas palabras que hemos escuchado que dice Dios desde el cielo refiriéndose a Jesús: "Tú eres mi hijo, el amado; ti me complazco", gozo, disfruto. Esto nos quiere decir Dios a cada uno de nosotros: en ti quiero encontrar mi complacencia, en ti quiero depositar mi gracia, mi ayuda, mi salvación; de ti quiero recibir también como respuesta la colaboración de amor, sabiendo que yo me doy a ti y tu te vas a dar a mí.

Dios no necesita nada de nosotros, es Todopoderoso, lo tiene todo, pero es Amor; nos ha amado y creado por amor, para esta comunión; tiene ese anhelo de amor por el que suspira y desea ser correspondido por aquellos a los que Él ha dado todo. En cada uno de nosotros Dios quiere encontrar su complacencia.

Vosotros, que próximamente vais a recibir el Bautismo cuando acabéis vuestra preparación, percibiréis muchas veces el contraste entre lo que os enseña la Iglesia y la vida de muchos cristianos. No es un problema exclusivamente de hoy. Verdaderamente, para quienes hemos recibido el bautismo siendo bebés, a menudo nos es difícil llegar a asumir con toda nuestra libertad y responsabilidad esa gracia recibida de Dios, ser conscientes de ella y corresponder a ella como merece.

Por eso ya en el siglo V, cuando el bautismo de niños estaba más extendido, había autores que se quejaban de que ya no era como antes, cuando se bautizaban los adultos: se sentía esa vibración del Espíritu, uno se conmovía en el momento del Bautismo.... Y responde un autor sabiamente: es que tenéis que conocer que el cristiano ha de vivir a lo largo de su vida distintos bautismos. Está el Bautismo de la gracia, decía él, que vais a recibir con el Espíritu Santo de manera sacramental en el seno de la Iglesia; pero después está el bautismo de la vida, cuando viviendo en medio del mundo tienes que ser fiel al Señor, seguir al Señor, incluso dice más: nacemos varias veces. Por lo menos hay tres nacimientos: uno corresponde a la creación, la vida natural. Luego está el nacimiento del Bautismo sacramental, en el nacimos a la vida eterna de los hijos de Dios, que no es solo la vida natural de la inteligencia y los sentidos; es ser, con la vida de Dios, como "otros cristos", viviendo la Vida Divina. Qué aspiración tan alta y que vocación tan bonita. Qué dignidad tan maravillosa. Decía este autor que incluso hay un tercer nacimiento, porque puede que perdamos la gracia por nuestros pecados, porque somos reiterativos, porque somos débiles, y hay que volver a nacer con el bautismo del perdón. Incluso decía más, hay que comprender el bautismo de las lágrimas, que son como un baño en nuestra vida de purificación cuando nos asociamos a Cristo, cuando vivimos la Cruz de Cristo, cuando tenemos que cargar con Su Cruz, y lo hacemos por amor a Él, porque hemos sido sepultados en su muerte para nacer a la resurrección. Esto es como el "hisopo" que asperge con la sangre de Cristo, que no solo lava los pecados, sino que nos hace compartir su amor en la Pasión, y nos lleva de la mano a la gloria.

Qué podemos hacer nosotros hoy. Vosotros, evidentemente, iniciáis con mucha alegría la andadura del catecumenado, y esperamos que en su momento podamos bautizaros y celebrarlo en la alegría de toda la Iglesia. Pero tendríamos que preguntarnos todos, sobre todo los ya bautizados, ¿qué espera Dios de nosotros? Pues valorar el bautismo. Valorar esa “aristocracia” que es la más valiosa que existe en el mundo. Hoy la gente valora ser médico, abogado, ingeniero o piloto, ser el futbolista de moda ¿Cuál es la aspiración de la gente?, tener un cochazo, tener un título de prestigio... Por muchas cosas que añadiéramos en la lista de nuestros deseos más codiciados, no hay nada tan valioso que pudiéramos poner como ser de Cristo, haber recibido la vida de Dios. Hay que ser cristianos para comprenderlo, hay que profundizar en nuestra fe y así vivir con la dignidad de los hijos de Dios.

Como dice San Pablo a Tito, su colaborador, y hemos escuchado en la Segunda Lectura, que vivamos aspirando los bienes del Cielo, “renunciando a la vida sin religión y a los deseos del mundo”, no participando de las cosas pecadoras, corruptas, porque Dios nos ha salvado, y Dios en su bondad quiere que seamos como Él y que caminemos en esta vida reflejando el amor, la luz, la gracia que existe en nosotros, para que el Padre se complazca en nosotros y en el mundo sobre el que actuamos. Que así sea. Amén.